

BOLETIN

DE

PROVINCIA



OFICIAL

LA

DE ORENSE.

ARTÍCULO DE OFICIO.

Número 774.

GOBIERNO POLÍTICO.

*El Excmo. Sr. Ministro de la Gobernacion de la Península con fecha 14 del actual me dice lo siguiente:*

Por el Ministerio de la Guerra se me dice lo que sigue con fecha 7 del actual.=Enterado el Gobierno de la Nacion del expediente instruido á consecuencia de la comunicacion que pasó ese Ministerio al de mi cargo con fecha 21 de febrero último, con motivo de una consulta promovida por el Ayuntamiento constitucional de Alicante sobre si debe ó no abonarse al batallon de provinciales que lleva el nombre de aquella capital, la refaccion ó franquicia que reclama el gefe de dicho cuerpo y á que se niega la citada corporacion fundada en el reglamento de 27 de febrero de 1806; y conformándose el propio Gobierno con la opinion del Tribunal supremo de Guerra y Marina, ha tenido á bien declarar, á nombre de S. M. la Reina Doña Isabel II, que es infundada la reclamacion del gefe del batallon provincial de Alicante, y que á este y demas del mismo instituto solo les corresponde la refaccion ó sea devolucion de derechos municipales, cuando se hallen sobre las armas haciendo el servicio al igual de la infanteria del ejército, bien sea dentro ó fuera de su respectiva provincia y capital. De orden del Gobierno provisional lo traslado á V. S. para los efectos correspondientes, y á fin de que disponga su insercion en el Boletín oficial de esa provincia para que llegue á noticia de sus Ayuntamientos.

*Lo que se publica para los efectos que se expresan. Orense 21 de agosto de 1843.=E. G. P. L. Manuel Feijó y Rio.*

Número 775.

IDEM.

*Por el Ministerio de la Gobernacion de la Península con fecha 14 del actual se me comunica la real orden que sigue.*

Firmemente decidido el Gobierno provisional á cumplir con los deberes que la confianza de la Nacion le ha impuesto, mal pudiera olvidar la proteccion que merece el precioso derecho que la Constitucion concede á todos los españoles de emitir, publicar y circular libremente sus opiniones por medio de la imprenta.

Un Gobierno que descanse en la rectitud de sus intenciones, en la legalidad de sus actos y en la firmeza de su voluntad, no debe temer que las agresiones de los escritores consigan privarle del apoyo de la opinion; porque hallará siempre en los fallos del jurado la sancion de su conducta, y porque la imprenta imparcial y patriótica reducirá á la nada los clamores de una oposicion estraviada é impotente.

La discusion pública no es posible donde no hay seguridad para espresar las ideas; y la experiencia tiene demostrado, que las medidas arbitrarias, dirigidas á sofocar la emision del pensamiento, lejos de favorecer el orden público, irritan las pasiones, crean una porfiada resistencia, y establecen una pugna funestísima.

La desgraciada suerte de la administracion pasada acredita esta verdad. En desacuerdo con el voto nacional, la violenta antipatia con la imprenta periódica y las continuas vejaciones contra los escritores independientes revelaron la existencia de proyectos subversivos, que los hechos vinieron despues á confirmar.

La imprenta entonces, guiada por un instinto de conservacion y alarmada por los males que amenazaban á la patria, se unió para formar un centro comun de resistencia, y sus generosos esfuerzos contribuyeron eficaz-



mente á salvar la integridad del trono y de la Constitucion jurada.

Deber es pues de todo Gobierno previsor prever con tiempo la repetición de pruebas, siempre costosas por mas que algunas veces sean necesarias; y el que hoy rige provisionalmente la Nacion, por un efecto de su voluntad, quiere que el ejercicio de escribir disfrute de la proteccion y seguridad que ha menester para que sea el intérprete de todas las doctrinas que permite la Constitucion del Estado y de todos los intereses sociales, cuya armonia constituye la felicidad pública.

En este concepto, cuidará V. S. de no traspasar con gestiones indebidas la línea de facultades que las leyes le conceden en materia de imprenta, y no permitirá que se coarte en ningún sentido la completísima libertad de que deben gozar, tanto los representantes de la ley en uso de la accion que en nombre de la sociedad ejercen, como los defensores de los escritos denunciados, cuyas opiniones, por exageradas que sean, solo deben estar sujetas á la apreciacion moral del jurado, juez único y exclusivamente encargado de conocer del delito escrito.

De orden del Gobierno lo digo á V. S. para su inteligencia y exacto cumplimiento.

*Lo que se inserta en el Boletín para conocimiento del público. Orense 21 de agosto de 1843.*—E. G. P. L. Manuel Feijó y Rio.

Número 776.

*Juzgado de primera instancia de Ginzo.*

En expediente concurso de acreedores á instancia de Doña Marina Martinez, mujer de D. Diego Suarez, de Villar de Santos en este partido, está mandado por el auto de 22 de julio último formar una junta de acreedores y señalado para ella la hora de doce de la mañana del día 12 de setiembre próximo; por tanto se citan, llaman y emplazan á todos los que se contemplan con derecho para que concurran en el día y hora señalados á la audiencia de este juzgado por la escribania de asiento al cargo de D. Vicente Diaz Teijeiro; advirtiéndole que de no hacerlo les parará el perjuicio que haya lugar. Ginzo de Limia 17 de agosto de 1843. = Felipe Martinez.

Número 777.

*Idem de Lalin.*

Hallándome instruyendo causa contra Manuel Chauosa, vecino de San Bartolomé de Pereiros, juzgado de primera instancia de Tabeiros, y otros sobre el robo de ropas y dinero en la taberna del Torron á su dueña Ramona Nuñez, de San Salvador de Escudro en este partido; he acordado su

arresto; y como de las diligencias practicadas resulte haberse ausentado sin saber su paradero, ruego á todas las autoridades de esa provincia para que siendo habido aquel, segun las señales que van á continuación, lo remitan á este juzgado con toda seguridad. Lalin y agosto 18 de 1843. = José Crespo.

*Señas del fugado.* Edad 24 años, estatura alta, pelo castaño oscuro, ojos azules, cara regular, nariz larga, barba poca, color trigueño; viste calzon corto de somonte usado, chaqueta de lo mismo, chaleco de leras blancas, una cachucha de paño azul claro.

*Continúa el Discurso pronunciado por el señor D. Francisco Martinez de la Rosa, presidente del Instituto histórico de Francia, al abrir el noveno congreso histórico, convocado en el palacio de Luxemburgo.*

Pues si la civilizacion moderna no tenia nada que temer de los enemigos externos, tampoco corria ningun grave peligro en el seno de los Estados. Habian ya pasado los tiempos de la feudalidad; y no podia ésta recobrar su imperio. Los adelantamientos de la industria y del comercio daban cada dia mas peso á las clases medias; y hasta el instinto de la conservacion y el anhelo de gozar sosadamente el fruto del trabajo apiñaban á las naciones alrededor del Trono, como símbolo permanente de orden y de seguridad. La potestad regia se arraigó hondamente en el suelo, labrado por los brazos del pueblo y casi totalmente despejado de la maleza del régimen feudal. Tan fuerte era esta tendencia, que no se detuvo hasta llegar á la monarquía pura: era aquel su tiempo, y tuvo que cumplirla. Recorriendo aquella época hallase en ella tal cual conato de rebelion popular, así como uno que otro esfuerzo de los antiguos señores para recobrar su poderío; pero casi todas aquellas tentativas se malogran, y rara vez se menoscaba el principio monárquico. Quizá no se halla sino una sola excepcion señalada; pero ella misma antes corroborará que enflaquece la regla general. Cae en Inglaterra el solio, y cayendo coge debajo á un Rey...; pero aquel vuelve pronto á levantarse, casi sin esfuerzos... Sufre nuevo empuje, y vacila; pero no viene á tierra... Al mirarle vacante la nacion misma, que acaba de arrojar á su monarca, se siente como asombrada y temerosa, acudiendo solícita á un pais vecino para buscar un príncipe extranjero y brindarle con la corona.

El orden que reinó mas ó menos en todos los Estados de Europa durante la época que vamos recorriendo, consintió que se desarrollasen los elementos de la civilización. El descubrimiento de las Américas habia dado un impulso desconocido hasta entonces al espíritu mercantil, extremadamente civilizador. Nuevas necesidades crearon nuevos vínculos entre las naciones; acercaronse mutuamente, y cambiaron los frutos de todas las comarcas de la tierra. Y aun ese comercio material contribuyó grandemente á la comunicacion de las ideas, como las semillas que lleva el viento, y van á fecundar á apartadas tierras. La seguridad que se habia añaizado en el seno de los Estados, y el bienestar de los pueblos que iba cada dia en aumento, debian por precision dar gran vuelo á los ánimos, inclinándolos á cultivar con fervor las ciencias. Esta era como la coronacion del edificio: á la civilización tocaba darle cima y remate. Hemos llegado, señores, á una época muy gloriosa para la Francia. La Italia, que habia precedido en esta carrera á las demas naciones, como que habia babido antes que ellas en las puras fuentes de la antigüedad, apenas conservaba ya sino monumentos y recuerdos.

España, que tambien habia reinado á su vez, dilatando por tantos climas su dominacion y su lengua, y haciendo



participes á otros muchos del rico tesoro de su literatura y de su teatro, se veía decaída de su lustre intelectual, así como de su poder político... No parece sino que hasta el genio huía de la desgracia!

Inglaterra, separada del continente y empeñada por tan largo espacio en contiendas civiles y religiosas, no había llegado todavía á la época en que tenía que ejercer tan grande influjo por sus profundos filósofos, y después por el ejemplo de sus instituciones, elaboradas con sumo trabajo en su seno durante muchos siglos.

En el XVII el cetro correspondía de derecho á la Francia... Aquel siglo lleva todavía el nombre de Luis XIV!

Desde aquella época es cuando se echó de ver principalmente el imperio de la inteligencia... En la edad media, los restos que se salvaron de la destrucción, habíanse refugiado á los monasterios... En aquellos tiempos únicamente la Iglesia podía conceder el derecho de asilo.

Después de transcurrido largo tiempo comenzó el entendimiento humano á sacudir aquella especie de letargo; y cuando logró al cabo desembarazarse de muchas trabas, tuvo por muy dichoso viéndose mas libre... ¿Como hubiera podido tan en breve aspirar á ejercer gran influjo en la suerte misma de la sociedad? Empero esta época tenía también que llegar, y llegó en efecto. La filosofía reclama con títulos muy valederos una parte bastante cumplida en la civilización de la Europa moderna.

Contemplad, señores, sus conatos y esfuerzos para ensanchar el campo de los conocimientos humanos, para aplicarlos á la utilidad común, para extirpar todo linaje de errores y de preocupaciones. Al propio tiempo reclama la reforma de las instituciones, la mejora de los códigos, la mitigación de las penas: deja en desuso los suplicios atroces; destierra poco á poco el tormento, y apaga al cabo las hogueras de la inquisición! Busca los restos de la servidumbre para borrar hasta sus vestigios; condena las persecuciones religiosas, que tantas veces habían ensangrentado á la Europa; afánase por último á fin de poner á los Gobiernos y á las naciones al nivel de la civilización!

Conviene proclamarlo sin temor. No deben achacarse á la filosofía los daños que han hecho al mundo, el saber á medias y la impiedad, así como sería sobradamente injusto imputar á la religión los males que han causado la superstición y el fanatismo. No; el filosofismo no es la filosofía, aun cuando ostente su engañosa apariencia; una parella no es el sol.

Las ideas mas tarde ó mas temprano se convierten en hechos... ¡Están tan cerca la cabeza y el brazo!... Es por lo tanto fácil de notar, durante el curso del siglo XVIII, los efectos que producen en gran número de naciones las doctrinas de reformas y de mejoras que á tal punto se habían propagado. Apenas habrá una sola nación en Europa que no se lanzase con mas ó menos fervor en la nueva carrera: el ámbulo es tan grande, que á veces falta la prudencia... No se quiere hacer el caso conveniente ni de la estación ni del clima. Pedro el Grande quiere hacer adelantar á sus pueblos, como suelen cogerse algunos frutos poco maduros, á pulso. José II en los Países Bajos pone la civilización en estufa... Hay sin embargo otros príncipes, como Leopoldo, que plantean las reformas con mas oportunidad y sazón; mostrándonos en la Toscana como el bello ideal de la monarquía pura.

Hasta algunas naciones que estaban muy lejos de disfrutar igual dicha, y á las cuales se creía tal vez enteramente apartadas del movimiento general, dan también algunos pasos atrevidos en la misma senda. En Nápoles, bajo un Gobierno absoluto, publica Filangieri su excelente obra sobre la ciencia de la legislación, y Beccaria su tratado de delitos y penas. En España salen á luz los escritos de Macanaz, los de Campomanes sobre la industria popular, sobre su organización, y otro mas famoso todavía contra las desmesuradas pretensiones de la corte de Roma; Covarrubias defiende la prerrogativa Real contra los abusos de la jurisdicción eclesiástica, y hasta de la inquisición misma, escribiendo á su vista; Lardizabal reclama, á nombre de la filosofía, la reforma del código penal; mientras que

entre tantos hombres célebres desgracia Jovellanos dedicando su clarísimo entendimiento á todo lo que es noble, grande, glorioso para su patria!

En medio de este progreso general, palpable, estalló la revolución francesa... ¿Fue necesaria, ó al menos conveniente...? ¿Pudo ó no pudo evitarse? ¿Cuales fueron sus causas verdaderas? Cuestiones son estas á cual mas importante, y todas ellas de muy difícil solución... Medio siglo ha pasado ya después de aquel gravísimo acontecimiento, y ¡aun nos tiene como aturridos!

Mas sea cual fuere el juicio que se forme acerca de aquella revolución, destinada á cambiar la faz del mundo, imposible es dejar de conocer que contribuyó poderosamente á que la civilización adelantase. Dió sin duda un fuerte sacudimiento al cuerpo social, y aun le amenazó con hacerle recejar hasta la barbarie; pero al propio tiempo que unos hijos ingratos condenaban y perseguían la civilización y cultura, arrojábanse semillas provechosas en aquel suelo á la sazón estremecido: ¡semillas que debían echar raíces y florecer un día! Al salir de aquella crisis, encontróse la Francia mas fuerte y poderosa que antes, sin que hubiese menester para recobrar sus fuerzas sino algun orden y sosiego.

Un hombre extraordinario cogió con su poderosa diestra las riendas del Estado; y cabalmente al punto que el siglo XVIII terminaba su azarosa carrera, se ve aparecer á Napoleón como para inaugurar el siglo que iba á comenzar, imprimiéndole un sello de grandeza!

Magnífica, á no caber mas, fue aquella inauguración, proclamando á la faz del cielo y de la tierra los principios en que descansa el orden social, y ¡levantando del suelo los derribados altares! Fue aquella al propio tiempo una expiación solemne y un buen agüero para la edad que con tan faustos auspicios comenzaba!

No es esta la ocasión de juzgar el sistema político de Napoleón; mas ora proviniese de su índole y carácter, ora de que así lo exigiese la situación en que se encontraba, desde el punto y hora que estableció en Francia una especie de dictadura, y que aspiró á establecer otra en Europa, según el propio ha confesado, tuvo necesidad de la guerra, y de una guerra casi perpetua... Tal es en mi concepto la clave de la historia del Imperio. Sin embargo, en medio de los estragos de la guerra, que recorrió toda la Europa, los esfuerzos constantes de Napoleón para llegar al logro de su objeto, el contacto en que se hallaron tantas naciones, sus relaciones recíprocas, las reformas y mejoras que por todas partes se planteaban, hicieron que cayesen por tierra muchos abusos envejecidos; y dando un recio impulso á los pueblos de Europa, adelantaron los progresos de la civilización. Yo no califico el medio: indico meramente sus efectos. Por lo que á mí toca, estimo que nada en el mundo puede compensar á una nación la pérdida de su independencia, así como nada puede compensar á un hombre la pérdida de su honra!

Después de caído Napoleón, y cuando se hubo desvanecido algun tanto la polvareda de los campos de batalla, echáronse de ver los adelantamientos que habían hecho las naciones de Europa en medio de la lucha recién terminada. No hablaré de la Bélgica ni de las comarcas que yacen á la orilla izquierda del Rhin, y durante todo aquel tiempo habían permanecido agregadas á la Francia, ni de algunos países de Italia, en los cuales quedaron tantas huellas y señales de su dominación; pero hasta la Alemania misma había cambiado de faz. Centenares de mezquinas soberanías desaparecieron de aquel suelo, y en su lugar se levantaron grandes Estados, con un principio de vida tal, que había de darles en breve el desarrollo que admiramos. En Roma, en Nápoles, en el Piamonte, los monarcas que volvían á asentarse en sus Tronos encontraban mejoras importantes, que se habían planteado durante su ausencia; viéndose casi forzados á prohibir algunas de aquellas reformas á que se habían aficionado los pueblos. Hasta en la España misma (y cuenta que voy á hablar de la nación á que Napoleón trató peor) es cosa digna de notar los esfuerzos que hizo, para aplacar la ira de aquel pueblo,



tan justamente indignado, ofreciéndole mejorar sus instituciones, sus leyes, su régimen administrativo... A las puertas de Madrid dicta Napoleón benéficos decretos, y el mismo que había ahogado en Francia la voz de la nación, y que por aquel tiempo destruía en su propio reino hasta el simulacro del régimen representativo, anunciaba que iba á resucitar las Cortes de España, dándole como prenda y fianza una Constitución.

No sé yo si me engaño; pero estudiando á fondo la historia, como que se columbra en ella algo de misterioso y providencial... Los acontecimientos mas lejanos se encañan á veces, y los actores desaparecen de la escena del mundo en cuanto se termina el papel que han de representar. Napoleón había sido un instrumento poderoso en manos de la Providencia; pero en el momento de su caída ya había pasado su tiempo... y á tal punto, que cuando á los pocos meses volvió á Francia, no pudo ya encontrar su puesto!

Si la guerra había, hasta cierto grado, favorecido los progresos de la civilización, á la paz tocaba afirmarlos. Después de una cadena de combates, que apenas habían dejado un día de respiro, no menos que por espacio de la cuarta parte de un siglo, muy natural era que los pueblos sintiesen vivísima necesidad de descanso. Las ventajas mismas que á tanta costa habían comprado, y cuyo disfrute se les hacía cada día mas grato, aumentaban su afición á la paz. Los Gobiernos por su parte, animados de sentimientos elevados y nobles, y contenidos además por el temor de empeñarse en nuevas contiendas, en medio del desasosiego de los ánimos y del afán con que pedían Constituciones y reformas, evitaron con solícito anhelo todo motivo de pugna entre ellos; y por un concurso feliz de circunstancias, la *tendencia pacífica*, que se había apoderado juntamente del ánimo de los Gabinetes y del de los pueblos, se ha hecho casi el rasgo característico de la época presente.

Esta tendencia, señores, es sumamente favorable á los progresos de la civilización. No se trata de entrar en la enumeración de cada hecho de por sí, ni menos de calificarlos; pero contemplándolos en su conjunto, inclinado me siento á creer que la época actual no dejará de excitar vivísimo interés en las generaciones venideras. Ni es cosa muy comun á la verdad este conato de los Gobiernos y de las naciones por alejar el azote de la guerra, como lo han conseguido ya por tantos años... La cuestión de menos monta de las que se han suscitado recientemente, hubiera bastado en otro tiempo para abrasar á la Europa!

Esos congresos, esos protocolos, esas negociaciones perpetuas, á pesar de todos sus abusos y defectos, son un síntoma palpable del espíritu del siglo, indican su deseo de ver reemplazada la lucha á viva fuerza con la discusión razonada. El entendimiento aspira á recobrar su imperio sobre la fuerza material en las relaciones que median entre las naciones; así como allá en otro tiempo se procuró respecto del orden civil establecer la jurisdicción de los tribunales, desterrando los combates singulares y otras pruebas semibárbaras.

Napoleón había dicho á fines del siglo pasado que había llegado la era de los Gobiernos representativos; y lo que dijo respecto de aquel tiempo se ha mostrado con mas claridad después de su caída. Desde entonces casi todas las naciones de Europa han hecho tentativas, con mas ó menos éxito, para mejorar sus instituciones. A veces los Gobiernos mismos se han puesto á la cabeza de la reforma política; á veces las naciones han querido verificarlo de su cuenta y riesgo, lanzándose en la azarosa carrera de las revoluciones... Pero en uno ú otro caso, no deja de ser cierto que esa tendencia, esos conatos, ese malestar si se quiere, prueban suficientemente una necesidad que aqueja á la sociedad europea. Lejos de nosotros el deseo de imitar á los empíricos que recetan la misma medicina para todas las dolencias del cuerpo social!

No se puede aventurar así la suerte de las naciones á una vana fórmula!... Sin embargo, preciso será buscar un medio ú otro para dar á los intereses de cada país

prendas y fianzas que los pongan á salvo de los abusos de la autoridad.

El desarrollo que han tomado la industria y el comercio, el crédito (esta nueva potencia de las sociedades secretas), el influjo cada vez mayor de las clases medias, los progresos, en una palabra, que de día en día va haciendo la civilización, reclaman imperiosamente que se establezca cierto acuerdo y consonancia entre el estado actual de la sociedad y las instituciones que han de regirla. Cuando ha crecido el cuerpo, necesita mas ámbito para vivir y moverse.

Me parece que hay cierta semejanza entre nuestra época y el siglo XV; con la diferencia de que éste tenía todas las cualidades de la adolescencia, y nosotros tenemos quizá las prendas y los defectos de la edad proveya.

Sea de ello lo que fuere, os ruego, señores, que recorrais conmigo algunos de los rasgos de semejanza que se notan entre ambas épocas. La misma inquietud vaga, la misma vehemencia que anuncia que se aproxima una nueva época... ¡ya se tiene el presentimiento!

La afición á viajes lejanos, el afán de descubrimientos que caracterizó al siglo XV, anima tambien al nuestro. No nos bastan las sendas que abrieron entonces Vasco de Gama y Colón; queremos además volver á hallar y acortar el camino que sirviera por tan largo tiempo para mantener la comunicación entre Europa y Asia... Las miradas de las naciones mercantiles se tornan otra vez hácia el mar Rojo y el Eufrates; y ésta es como una segunda intención en los cálculos de la política, al ocuparse con tan señalada predilección en la suerte del Egipto y de la Siria.

Ufano se mostraba el siglo XV por haber descubierto un Nuevo Mundo... En nuestros días se han ensanchado á tal punto los límites del orbe, que hemos añadido la quinta á las cuatro partes de la tierra!

En aquella época de grandes descubrimientos se tuvieron los hombres por muy dichosos con haber hallado un paso entre el mar Atlántico y el gran Océano... Pero á nosotros no nos basta el estrecho de Magallanes; necesitamos una via mas corta, sin tener que dar un gran rodeo... Pues bien, en breve se abrirá el istmo de Panamá, y se dividirá en dos partes la América para dejarnos libre el paso!

Entretanto la Francia toma ya su puesto, posesionándose de las *islas Marquesas* (permítidme, señores, que les dé todavía el hombre español!) al propio tiempo que toma bajo su protección las islas de Otaiti en que se han arrojado, como tantas veces, las semillas de la civilización con el primer albor del cristianismo!

En el Asia, el portentoso imperio que ha levantado allí la Gran Bretaña, sus expediciones, sus conquistas, y mas quizá sus relaciones mercantiles, ponen á aquellos países en contacto con la Europa; y para que no dejemos de admirar ninguna maravilla, acabamos de ver hundirse la famosa muralla de la China que habían respetado tantos siglos!... Quién sabe! Tal vez la Europa está próxima á pagar al Asia una deuda; y esos puertos del celeste imperio, que acaban de abrirse al pabellon extranjero, abrirán juntamente la entrada á una nueva civilización, mas en consonancia con el espíritu del siglo! Donde quiera que volvamos la vista observamos por todas partes esfuerzos mas ó menos afortunados para adelantar la obra de la civilización. En América los Estados Unidos ofrecen un fenómeno sin ejemplo en los anales del mundo; un pueblo nacido, por decirlo así ayer, compite ya con la vieja Europa. Con la emancipación del Brasil ha cobrado vida un nuevo imperio con todos los elementos de poder y grandeza. Los Estados que ocupan el lugar de las antiguas colonias españolas, vense afligidos todavía por una revolución larga y trabajosa; pero es de esperar que en cuanto cobren su asiento, desarrollen los abundantísimos recursos que tienen á su alcance. (Se continuará.)